

La leyenda del dragón

Dahiana Araceli Veroitza Fernández

LA LEYENDA DEL DRAGÓN

Capítulo I Honor y sangre
primera parte

ESCRITO POR
DAHIANA VEROITZA

Capítulo 1

Honor y sangre— Primera parte

Observé el cuerpo de mi esposo recostado en ese lecho dónde había conocido el placer humano. Su piel blanquecina era la señal de que la vida lo estaba abandonando poco a poco, podía escuchar a la distancia los pasos de mis verdugos que anunciaban mi pronto reencuentro con mi rey, siempre había pedido a la diosa Asthetiquen que me otorgará morir antes que él porque sabía que no viviría sin su amor, la diosa no me había concedido mi petición, pero me había dado un regalo similar, morir tras su muerte. Mi esposo dio un profundo y débil suspiró, ese fue el último.

—Mi reina, debemos irnos— susurro mi fiel servidor.

Pobre de él que aún tenía la esperanza de salir con vida, cuando las sombras negras invadieron mi visión, intenté convencerle que se fuera, que salvará su vida, que ya era libre, pero él insistió en quedarse.

—No conozco nada más que servirle a usted mi señora, ruego me deje quedarme a su lado— fue su respuesta ahogada al enterarse de que mi deseo era liberarlo de su esclavitud.

Quien a nacido en esclavitud o le quitaron su libertad a corta edad lo único que conoce es la vida al servicio de otro, quitárselo era la muerte. En cierto punto ambos éramos iguales, dos niños de pueblos enemigos invadidos por el ejército del rey, fieles testigos de la muerte de sus progenitores, arrancados del cenó materno, traídos a una tierra extraña, educados para servir, castigados por desobedecer, destinados a morir con sus amos. La única diferencia es que a Amón lo habían llevado a la cocina por su gran habilidad con las hierbas silvestres que los cocineros reales no conocían ni se animaban a usar por miedo a envenenar al rey por accidente. Yo en cambio, solo contaba con lo que en ese momento creía era mi peor maldición, los ojos avellana de mi madre y el pelo colorado de mi padre o como ellos decían "una extraña y única belleza "fui destinada al harén de su majestad. Ahí estude, me eduqué, aprendí toda la historia del largo legado del imperio Shizar, me llamaba especialmente la atención la historia mítica de la diosa Asthetiquen, de la cual se decía que ella y su hermano eran los únicos sobrevivientes de su pueblo de origen por los sucesos de la gran guerra que había azotado al mundo hace mil años, el deseo de poder de su congenie sanguíneo llevo a qué la sacrificarán y perdiera su honra en manos de un demonio desterrado, cuando su alma desfallecía sin remedio al sentir la traición de su propio hermano una enorme luna roja apareció en el cielo nocturno, el dios del caos y la oscuridad, Demon Black, en persona acabo con todo el ejercito de su mal nacido esposo, cuando Asthetiquen creyó que su desdichada vida había llegado a su fin, el dios del caos notó en ella algo diferente que otros

humanos no tenían, la vistió con la gloria de las diosas y la hizo su reina por toda la eternidad.

Mi mentora decía que si tanto me gustaba Asthetiquen es porque la diosa me había elegido, ya que eso solo sucedía cuando un dios te destinaba a un futuro glorioso, pero la verdad era que me gustaba su historia porque me identificaba con ella, una mujer injustamente tratada que le obligaban a llamar hogar a su cárcel. Cuando cumplí quince años el viejo rey dio su último aliento, había deseado su muerte del mismísimo instante en que me enteré que por tradición debía acostarme con él cuando me convirtiera en señorita, mi alivio fue inmenso al enterarme que el rey había muerto y en su lugar su hijo el príncipe heredero que se encontraba en la ciudad amurallada de Demon se convertiría en el nuevo emperador, me creía salvada de mi triste destino de tener que entregarme a un hombre que no conocía, pues las únicas dos oportunidades dónde el antiguo rey paso por el harén, a todas las niñas que aún no éramos señoritas nos encerraron en una habitación, pues nuestros ojos no eran dignos de ver a su majestad. Mi alivio solo duró tres noches, mi mentora me vino a buscar tras la transcurrir la tercera de ellas.

—El rey te espera en sus aposentos para cumplir con lo que dicta en la ley— me anuncio con una sonrisa.

Le sonreí lo mejor que pude, si no fingía agrado incluso ella podía ordenar mi ejecución por alta traición, si bien esa anciana mujer me había criado desde el día uno que había llegado a este palacio, ella y yo éramos muy distintas, yo era una esclava ella era una mujer libre, mi pueblo había sido quemado por su imperio, mis padres asesinados por sus soldados, éramos diferentes. Me maquillaron, perfumaron y vistieron con el mejor de los vestidos, por ley debía usar blanco que simbolizaba mi pureza, un anillo rojo que simbolizaba la ruptura de mi himen dando paso al ser mujer, una corona de hojas verdes que simbolizaban la esperanza de un embarazo real y unos zapatos dorados que eran los únicos con los que los plebeyos podíamos pisar por el mismo pasillo donde los gloriosos pies de su majestad habían pasado.

—Aquí es donde tú destino será sellado señorita, solo una oportunidad tienes de cambiar para siempre los hilos de tú futuro, si logras engendrar un heredero serás nombrará la segunda señora real, por lo contrario, si no demuestras que tú honra sigue intacta serás arrojada al mar por impura— comentó el primer servidor real.

Mis pasos los sentía pesados, lentos, le rogaba a la diosa Asthetiquen que me arrebatara la vida ahora mismo para no tener que llegar a esa maldita habitación, si bien esté nuevo rey era mucho más joven que el emperador muerto, él ya tenía treinta años, no lo conocía, tenía a su emperatriz, de la cual se narraban todo tipo de horroridades, como que envenenaba a todas las mujeres que se quedaban embarazadas del que en ese momento

era el príncipe y ahora el rey. El consejero real salió de la puerta que daba a la cámara privada de su majestad, me miró de arriba abajo.

—Las he visto mejores— hizo un comentario desagradable con una sonrisa cruel.

Luego me hizo señas, di dos pasos y me giré para ver a los sirvientes que se habían quedado en su lugar sin moverse. Mi mentora me hizo señas para que siguiera avanzando.

—Ellos no son dignos de entrar a los aposentos de su alteza y usted hoy entrará, mañana veremos— me explico el consejero.

Asentí en silencio, lo seguí mientras sentía que la puerta detrás nuestro se cerraba dejando a lo único que conocía separado de mí por un muro grueso de piedra maciza. En un momento el consejero se frenó, una puerta se abrió lentamente frente a mí y él me hizo señas para que entraré. Trague saliva para que me diera la valentía de dar los pasos necesarios. Una vez adentró miré hacia todos lados, pero no había nadie allí a excepción de un sirviente que tenía la cabeza inclinada hacia el piso. Las puertas detrás mío se cerraron dejándome en esa oscura y vacía habitación, nunca había visto en mi corta vida tanto lujo, todos los muebles allí dentro estaban hechos de oro macizo, en las paredes altas y techo se habían pintado magníficos murales que narraban fragmentos de la vida de dioses o criaturas mitológicas. El sirviente miro hacia ambos lados para luego acercarse a una pequeña mesa repleta de lo que parecían deliciosos dulces, tomó un pequeño plato dorado con tapa y me lo acercó, podía notar la tencedad en sus facciones, yo estaría igual si me hubieran mandado a servir a su majestad el rey de los muertos, porque, aunque no conociera esté nuevo emperador seguramente sería igual a su predecesor que asesinaba a todo el que lo miraba de la manera que a él no le gustaba. Acepté con una débil sonrisa el pequeño dulce de la bandeja y mordí tan solo una punta del mismo, tenía un gusto ácido mezclado con un extraño dulzor, fingí tragarlo para no poner en aprieto al sirviente que solo hacia su trabajo, pero en cuanto esté de dio vuelta lo arroje a una maceta que yacía junto a la puerta. Me quedé observando las puertas de cristal del gigantesco balcón real, continúa a las mismas habían unas cortinas de seda bordos traslúcida que rozaban con cada brisa un fino suelo de mármol tallado, encima de el se encontraban posicionados un sillón acolchado de las más finas telas con una mesa pequeña tallada en una madera de elección, el balcón terminaban con unas columnas inmensas de mármol perfectamente moldeado en forma de gota de agua que era el signo de la dinastía Tang, la baranda que unía ambas columnas estaban formadas por círculos unidos que tenían la cara de un dragón lanzando fuego, pues se decía que la familia Tang había liberado a la humanidad de un gran dragón de siete cabezas que había esclavizado a los humanos en tiempos antiguos y en agradecimiento los distintos pueblos los habían coronado como los reyes del mundo. Se

escucharon voces detrás de la puerta que se encontraba al frente mío cruzando la lujosa habitación, risas, pasos, silencio. Mi cuerpo comenzó a temblar al escuchar el picaporte girar haciendo que la cerradura cediera con suavidad, a penas mis ojos vislumbraron el borde de la fina capa bordada del rey, mi cabeza se inclino hacia el suelo para mirar mis pies envueltos en esos zapatos dorados. Podía ver de reajo el borde inferior de la misma, él no se movió de su lugar por cuestión de unos diez segundos que parecieron eternos, luego note que la capa comenzó a danzar en el aire dándome la pauta que el emperador se me estaba acercando. Su figura que me doblaba en longitud y altura se colocó adelante mío, no había más de diez centímetros de separación entre nuestros cuerpos. Su mano se deslizó por la piel de mi brazo desnudo generando una corriente eléctrica en mi columna vertebral, ningún hombre me había tocado con tanta suavidad antes, de hecho, el único contacto con hombres que había tenido mi piel habían sido las manos ásperas de los soldados que me arrastraron a la jaula el día que mi pueblo fue invadido y que luego me arrojaron al suelo del harén donde conocí a mi mentora, después de eso nunca más vi hombre alguno, ni mucho menos me tocaron. Su majestad tomó mi mano derecha, observé de reajo como su rostro serio pronto cambio a una extraña sonrisa al ver mi anillo de color rojo.

—Una virgen que exige el cumplimiento de la tradición que impuso mi abuelo— comentó sin dejar de sonreír.

¿Exigir? Tenía ganas de gritarle que yo no quería nada, que dejara mi honra en paz y se alejara de mí.

—Debí sospecharlo, no es que mi emperatriz dejara que otra mujer entrara a está habitación si no fuera porque su negativa causaría graves problemas en la tradición de su pueblo— sentí su mirada clavada en mi rostro.

Sus ojos eran intensos, sentía que me iba a derretir en cualquier momento si seguía mirándome así, sin parpadear. Sostuvo mi mentón en su mano, pude notar por primera vez su fragancia masculina, mezcla de menta con tabaco y un muy fuerte perfume que le sentía muy bien. Mi mente comenzó a divagar en la posibilidad de que tal vez no era tan malo que este hombre tan elegante me poseyera está noche, era mejor él que un viejo gordo, senil y sucio ¿Verdad?

—Sin embargo, sé que alguna trampa habrá puesto para que tú está noche no salgas victoriosa, así que me temo que hoy será tú última velada my lady— su perturbadora sonrisa al comunicarme que hiciera lo que hiciera mañana sería condenada a muerte hizo que todo mi cuerpo comenzará a temblar.

Las lágrimas salieron sin control de mis ojos, una tras otra, no quería morir, sabía que llorar ante el rey de nada serviría, incluso capaz le

generaba repudio, pero en mi cabeza solo pensaba en que no quería morir hoy siendo tan joven, maldecía mi mala suerte provocada por los genes que me hacían extrañamente bella para estos crueles extranjeros.

—Shhh, ya, ya no llores mi niña, te aconsejo que al menos disfrutes tus últimas horas, yo me aseguraré de eso— no sabía si tomar esas palabras como un consuelo o no.

Asentí lentamente por las dudas intentando calmar mi llanto. Él volvió a sonreír levemente al observar mi vago intento para calmarme a mi misma.

—Sin duda eres una valiente y fuerte muchachita, esos son talentos que no muchas mujeres tienen— me halagó guiándome a una mesa repleta de platillos elegantes que nunca antes había visto.

—¿Tienes hambre? — preguntó.

—Esa comida es para su majestad no soy digna de comer con usted— no me habían dicho si podía o no hablar con el rey, pero si me iban a matar de todas formas creo que sucediera antes o después no hacía la diferencia.

—Hoy eres mi invitada de honor así que yo digo lo que harás o no— su tono se había convertido de dulce y paternal a frío y determinante.

Asentí rápidamente sentándome junto a él. Durante la cena observé a su alteza disimuladamente, podía decir que ni siquiera mi talentosa imaginación había acertado en como era él realmente. Media por lo menos dos cabezas más que yo, tenía brazos musculosos, abdomen plano que podía ver ligeramente entre la abertura de su bata bordada que estaba completamente marcado, marcas de ejercicio y otras de batallas. Su rostro era alargado, ojos color verde como los bosques que rodeaban el imperio, cabello negro azabache, se había afeitado recientemente pues podía notar el crecimiento en el mentón y al rededor de su boca, los dientes eran perfectamente blancos, sus manos fuertes y grandes también podían dar testimonio de cruentas batallas vividas.

—Si ya has dejado de observarme podremos continuar con la velada— se levantó interrumpiendo mis pensamientos.

Ese comentario me hizo avergonzarme de mi misma al darme cuenta que había sido muy poco disimulada. Todo mi rostro se tiñó de un leve color rojizo que era lo que me sucedía cuando me sentía descubierta infraganti. Dirigí levemente mi mirada al emperador, éste me estaba observando serio, sus ojos comenzaron a bajar lentamente hacia mi cuerpo deteniéndose en mis pequeños pechos que aún faltaban desarrollarse, si bien estaban cubiertos por la tela del vestido se podían distinguir

fácilmente, luego su mirada siguió bajando hacia mis pies para volver a subir, su rostro no expresaba ningún tipo de emoción, no sabía si le había gustado mi cuerpo o le parecía horriblemente fea, tal vez los estándares de belleza de los soldados que habían decidido que era lo suficientemente linda para entrar en el palacio de su majestad, no eran los mismos estándares de belleza del rey, seguro que él se había acostado con mujeres mucho más bellas, tenía la posibilidad de elegir a las más hermosas de todas las tierras conquistadas, yo le debía parecer tan solo una más. Su mano desató las tiras que sostenían el vestido por el cuello, el mismo se deslizó dejándome completamente descubierta para él, comencé a temblar, pero esta vez no era miedo sino nervios y ansiedad, a esta altura ya me había convencido que prefería definitivamente que su majestad me hiciera suya antes que otro hombre horrible, panzón y viejo. Sus dedos se deslizaron por mi piel iniciando en mis hombros para bajar lentamente hasta mis pechos, jugaron con mis pequeños pezones que se pararon de una forma extraña para mí, nunca lo habían hecho, pero parecía que eso estaba bien pues el rey sonrió levemente con los labios, sus manos se colocaron en mi cintura para luego arrastrarme junto a su cuerpo, en el envión del movimiento su capa real se abrió y no alcanzo a cerrarse antes que mis pechos golpearan con su pecho desnudo. Mire ligeramente hacia arriba pero no alcance a observar nada pues él dominó mi boca con una lujuria desconocida, sus manos acariciando todo mi cuerpo desnudo, su lengua dominando la mía, sus labios succionando mis labios. Caí en la cama envuelta en ese torbellino de calor inexplicable, le saqué su bata sin pensarlo, ya no me importaba que me mandara a decapitar por mi atrevimiento. Él comenzó a deslizar su lengua por mi cuello, encerró a mis pechos en la humedad de su boca, mi cuerpo temblaba, de mi boca se escapaban pequeños suspiros descontrolados, mire hacia el techo al sentir sus dedos jugar en mi intimidad que se había vuelto húmeda y pegajosa, bajo hasta mis piernas, todo en mí se tensionó al sentir su lengua húmeda pasar por toda mi vagina, abrir mis labios inferiores y entrometerse en mi intimidad sin pedir permiso, sus dientes raspando, su lengua jugando, dando vuelta entre mis pliegues, sin aviso sentí que algo se escapaba de mí, un líquido que al ser liberado me relajó por completo todo mi ser, sentí a la boca de su majestad succionar eso que se había escapado de mí y que nunca antes había salido ¿Esa era mi virginidad? Lo ignoraba, pero mi mente estaba concentrada sintiendo las sensaciones nuevas que estaba percibiendo ahora.

—Te has venido muy rápido, debí dejarte un rato más, pero me entusiasmé con tú dulzura— comentó con una sonrisa.

Luego hizo un movimiento rápido y algo se entrometió entre mis pliegues, era duro, caliente, largo, no sabía que era pero un ardor extraño me invadió, mis ojos se abrieron asustada, intenté mirar hacia abajo pero el cuerpo del emperador estaba completamente encima de mí impidiéndome moverme, sea lo que sea que me estaba invadiendo era el rey el que lo manejaba, cada movimiento que hacía su cuerpo provocaba que esa cosa

entrará o saliera de mí, era como un tronco caliente rozando mi interior, comencé a gemir involuntariamente, el ardor desapareció dejando lugar nuevamente al placer, no era tanto como cuando ese líquido se escapado de mi pero se sentía muy bien, su majestad también comenzó a emitir pequeños ruidos cada vez que se movía dentro mío, nunca había visto la parte de abajo de los hombres, ignoraba que tuvieran un tronco caliente ahí pero parecía que eso era lo que les causaba placer, ahora podía entender porque las mujeres teníamos tantos huecos en esa zona, era para que se completarán con esa cosa de los hombres. Luego de un largo tiempo haciendo movimientos a veces rápidos, otra veces lentos, fuertes o delicados sentí que esa especie de manguera del emperador arrojó algo dentro mío, se sentía caliente o tal vez yo estaba con la temperatura muy elevada, pero luego de eso el rey se acostó a lado mío completamente exhausto. Estaba tan cansada tras que su alteza me hiciera suya que mis ojos se cerraron lentamente.

“ Ahora llegó tú hora, vas a morir, ya cumpliste la tradición ”

Abrí los ojos rápidamente asustada, mi cabeza me había recordado que el rey había dicho que hiciera lo que hiciera luego de eso iba a morir. Él ya me había hecho suya, así que ahora solo quedaba la condena. Me levanté desesperada, no sabía que se supone que iba a hacer para salvarme, el palacio tenía miles de guardias, no lograría escaparme con éxito, aunque lo intentará, mientras mi cabeza pensaba a toda velocidad buscando una solución a mi desdicha, las puertas se abrieron y entraron un montón de sirvientes, recién ahí me di cuenta que estaba sola en la habitación, el rey ya no estaba y el sol había salido hace un par de horas. Unas mujeres que me ignoraron por completo fueron directo a las sábanas del lecho real mientras una mujer que nunca había visto me miraba de arriba abajo con cara de pocos amigos, estaba vestida con ropas muy elegantes para ser una simple sirvienta, se notaba que tenía seguramente la misma edad que mi mentora, más de cincuenta, usaba un bastón elegante que tenía el logo de la dinastía con los colores reales intercalados. Me quedé petrificada en mi lugar bajo su intensa mirada, las sirvientas le llevaron las sábanas a la mujer, está las observó para luego acercarse a mí, mi cuerpo se tensionó al tenerla cerca.

—Felicidades, ahora eres una mujer— me comunicó mostrando unas pequeñas manchas rosáceas en la sabana dónde el emperador me había hecho suya.

No sabía lo que era eso, pero por la leve sonrisa de la mujer parecía que si había tenido éxito la noche anterior.

—¿Significa que no me matarán? — pregunté en un susurro para asegurarme si me había salvado de la sentencia de muerte.

—Por ahora no, si te sigues portando bien entonces vivirás una vida larga y si has logrado engendrar un heredero esa vida será llena de lujos— me comunicó señalando mi bajo vientre.

Suspiré aliviada mientras me dejaba arrastrar hacia el harén, el mismo contaba de cuatro enormes edificios, dos de ellos eran de piedra y los otros dos de mármol. En medio había un exquisito jardín con flores silvestres, una fuente de agua y pequeñas veredas de piedras de colores brillantes. En el edificio donde yo estaba que era el más alejado de todos, construido en su mayoría por piedra y madera, convivíamos cien esclavas, todas traídas de tierras extranjeras invadidas por el imperio. La mayoría eran muchachas jóvenes que habían tenido que pasar la misma prueba que yo pero que no habían salido embarazadas, otras habían sido entregadas como sirvientas por otros hombres poderosos del reino pero que ya no contaban con su honra intacta y otras habían sido ultrajadas por bandidos del bosque así que su destino siempre sería ser sirvienta y que mejor que del palacio real, pues nunca llegarían a casarse o tener hijos por no ser puras. Mi mentora pertenecía a ese último grupo, había llegado al palacio tras ser acorralada en el bosque por dos hombres que luego fueron decapitados, en ese momento ella solo tenía diecisiete años, había pasado toda su vida en estos muros, era lo único que conocía y por eso lo defendía con su vida, luego de muchos años sirviendo a la dinastía había conseguido algunos reconocimientos como ser la primera sirvienta del cuarto edificio del harén. En el tercer edificio también construido de piedra y madera, vivían los hombres eunucos o esclavos que también habían sido traídos desde niños de tierras extranjeras, su destino era servir hasta su último aliento a la familia imperial. Más adelante se encontraba el edificio de las favoritas o concubinas que habían logrado quedar embarazadas en la noche de la tradición y ahora esperaban allí las nueve lunas para ver si tenían un príncipe o una princesa, si era un heredero ascenderían al cargo de segunda, tercera o cuarta esposa, podrían convivir con el emperador cuando él las llamara, tendrían su propio edificio en la parte imperial del palacio que solo era reservado para la realeza y vivirían rodeadas de lujos. Hasta ahora la única mujer que había pasado por la noche de la tradición era yo, el emperador Dimitri no había ascendido hace mucho tiempo ni tampoco había conquistado pueblos aún para traer nuevas esclavas vírgenes. De hecho, yo había sido traída en una conquista de su padre, pero no me habían despedido cuando esté murió como las otras mujeres del harén que habían cumplido con la tradición, porque no alcance a entregarme a su predecesor. Si así hubiera sido en cuanto esté murió me hubieran desterrado junto a todas las mujeres que no habían engendrado hijos del rey en su noche con él.

No tarde tanto en comprender que algo andaba mal con mi cuerpo, todo lo que comía me caía mal, me sentía cansada todo el tiempo, me costaba hacer fuerza y había aumentado dos tallas el último mes, por alguna

extraña razón tenía mucha hambre, pero luego vomitaba lo que comía.

—Amelia ven conmigo— me ordenó mi mentora mientras ordenaba unos libros en la biblioteca.

La seguí en silencio como de costumbre con la cabeza inclinada mirando mis pies, entramos en un gran salón lleno de camas con sábanas blancas y separadores de tela, había tres mujeres vestidas completamente de blanco, seguí a mi mentora por el pasillo principal observando las camas, en una había un hombre con una venda en una pierna, dos camas más allá había una mujer con la cabeza vendada ¿Dónde estábamos?

—Amelia recuéstate en aquella cama, la doctora te revisará— me ordenó la mentora.

—Pero yo no estoy enferma, me he sentido algo débil pero ya se me está pasando señora, seguro ha sido el cambio de clima— intenté convencerla

—Esos síntomas no son de una enfermedad niña, queremos descartar otra situación— me explicó con una leve sonrisa.

Me acosté en la cama mientras la doctora cerraba el divisor para darnos más privacidad.

—Abre las piernas— me ordenó sería.

—Pero ya demostré mi honra al rey— tartamudeé nerviosa

¿Acaso sospechaban que no lo era y me matarían?

—Esto no es para saber tú honra niña, es para verificar si estás embarazada— me corrigió la doctora arrodillándose al pie de la cama.

¿Embarazada? Sabía que era posible pero realmente podía ser verdad que el emperador me hubiera engendrado un hijo. Abrí las piernas y sentí como la doctora me revisaba en mi intimidad, me hacía sentir incómoda, pero obedecí sin pretextos sabía lo que sucedía si me oponía, seguramente unos cuantos latigazos con una vara fina en el patio.

—Muy bien, ya puedes levantarte— me dijo la doctora lavándose las manos.

Mire a mi mentora sin animarme a preguntar, ella intercambio una mirada conmigo y luego se dirigió a la doctora.

—¿Y? ¿Está o no embarazada? — le fue directa.

La mujer se giró para mirarme un momento.

—Felicidades está en cinta— me comentó con una sonrisa.

No sé que pasó ahí pero luego de una leve oscuridad abrí los ojos en mi cama, me levanté con cuidado agarrándome la cabeza ¿Había sido real o un sueño todo eso de la doctora?

—Niña ¿Cómo te encuentras? ¿Estás mejor? — me vino a ver mi mentora con su rostro preocupado.

—¿Qué ha sucedido? — pregunté aún media mareada.

—Te has desmayado cuando la doctora te comunico tu embarazo— me dijo sonriente.

—¿Estoy embarazada? — pregunté tocando mi vientre sorprendido.

—Si y ahora acompáñame iremos a tú nueva habitación, fuiste trasladada al segundo edificio, el de las favoritas— me anuncio.

Me frené de golpe sin entender todo lo que me estaba sucediendo, primero debía asimilar la idea que sería madre de un miembro real, luego que ahora era favorita, capaz volvería a ver al emperador después de todo, no quería aceptarlo, pero dentro mío deseaba volver a pasar una noche más con él. Caminamos rápidamente por el jardín hasta el arco que dividía el edificio de sirvientas del de favoritas, di tres pasos para darme cuenta que mi mentora se había frenado justo al borde entre los dos jardines, la miré confundida.

—Aquí es la despedida, no tengo permitido ir allí, debes prometerme que te cuidarás y serás obediente ¿Está bien Amelia? — me dijo.

Las lágrimas comenzaron a correrme por las mejillas, volví hacia atrás y le di un abrazo sin preguntarle ni pedirle permiso, prácticamente había sido mi madre todos estos años desde había llegado a este lugar, fue la única que se dignó a consolar a esa niña llorosa y asustada de cinco años que recién acababa de ver cómo asesinaban sin piedad a sus padres.

—Gracias señora, sino fuera por usted yo no seguiría viva aún— le susurré.

Ella me pasó su mano por mi cabello colorado.

—Eres una mujer fuerte y valiente, llegaras muy lejos aquí, solo sé fiel al rey, no te fíes de nadie Amelia, estás entrando a un mundo peligroso,

sé inteligente— me aconsejo.

Luego se giró para volver al edificio de piedra que me había acogido durante los últimos diez años. Trague saliva, me gire para dirigirme al enorme edificio al frente mío, al entrar note que no había nadie allí a excepción de los guardias que ya me había acostumbrado a ignorar porque no sé movían de sus lugares asignados. Camine por el piso lustrado, había algunas decoraciones muy bonitas en las paredes, ventanas y techos. Mis pisadas resonaban en el suelo debido al vacío del lugar, todas las habitaciones estaban cerradas a excepción de una al fondo del pasillo lateral junto al salón principal donde había visto a los guardias. Está estaba levemente iluminada con faroles que despedían una tenue luz hacia afuera, abrí la puerta que ya estaba semi abierta e ingresé, me quedé paralizada al ver al emperador sentado en un pequeño sillón esquinero que había en la habitación, cuando pude moverme hice rápidamente una reverencia en silencio.

—Así que lograste burlar las trampas de mi primera esposa y te has quedado embarazada— comentó levantándose.

Estaba vestido con un pantalón negro, zapatos dorados y un saco del mismo color con bordados en hilo de oro, tenía un pequeño listón de seda rosa en la mano.

—Eres una niña astuta, veamos hasta donde llega tú deseo de poder— continuó mirándome fijamente, estaba serio parecía molesto.

¿Deseos de poder? Yo solo deseaba mi libertad nada más que eso, nunca había querido ni deseado embarazarme o siquiera ir a esa noche con él, pero no podía decir eso, me mandarían a ejecutar con o sin heredero incluido.

—Mi mayor deseo aún no se ha cumplido— susurré pensando cuidadosamente como decirle lo que quería.

—No por supuesto, ahora me es evidente que lo que quieres es ocupar el lugar de mi reina— me contestó.

¿En serio eso era lo que pensaba de mi? Que quería desplazar a la emperatriz.

—¿Por qué querría ocupar el puesto de emperatriz si ni siquiera se lo que significa serlo? — le pregunté sin controlarme, me sentía ofendida y me arrepentía de haberlo deseado en algún momento.

—No es necesario, solo basta con que sepas que serías la segunda persona más poderosa del imperio después de mi, claro— respondió

mientras me daba la espalda yendo a dónde unos baúles.

—¿Y todo ese poder que dice deseo me daría la posibilidad de ser libre e irme a mi tierra? — le pregunté sin quitarle la mirada de encima.

Eso hizo que se girará con una mirada aterradora, me había pasado con mi atrevimiento, pero no le quite la mirada de sus ojos, aunque todo mi cuerpo temblará.

—No te detengas, sigue diciendo lo de escaparte e irte— me ordenó apretando los dientes.

Al notar mi silencio sepulcral dio varias zancadas hasta quedar justo al frente mío, era tan corta la distancia entre nosotros que podía volver a sentir su peculiar aroma.

—Que te quede claro que sí esa tonta cabeza tuya sigue pensando en huir yo mismo cogeré mi espada y te cortaré el cuello ¿Has entendido? — me dijo fuerte y determinante.

Al no saber que responder me quedé en silencio mirándolo.

—HE DICHO SI ¿HAS ENTENDIDO? — me gritó agarrándome del cuello y tirándome contra la pared detrás mío.

Era muy aterrador ver al emperador enojado, definitivamente si salía con vida de esto no lo volvería a hacer enfadar.

—Lo que he dicho no expresa mi mayor deseo, pero lo que usted a dicho tampoco— le contesté como pude porque me tenía apretada la garganta.

Al escuchar eso me soltó, comencé a toser con desesperación en busca de aire mientras él me observaba, me acaricié el cuello adolorido antes de mirarlo para continuar.

—Me hace sentir mal que usted piense que lo único que quiero es poder, ni siquiera me conoce y ya me está juzgando erróneamente— me defendí al borde de las lágrimas.

Siempre había sido muy sensible y ahora con el embarazo eso parecía ser peor.

Él se rio al escuchar lo que había dicho, miro un momento hacia un costado antes de acercarse a mí lentamente, me encerró entre sus brazos y la pared, todo mi cuerpo temblaba mientras me envolvía su aroma.

—Esperas que crea que por una noche conmigo te has enamorado y me

deseas niña— me contestó observando cada uno de mis movimientos.

—Y si fuera así ¿Tendría algo de malo? ¿Me mandaría a decapitar por ello?
— agache la cabeza para mirar al suelo antes de continuar— El único mal que le he hecho a la emperatriz es haberme enamorado de su esposo, eso sí me hace una muy mala mujer ¿Verdad? — le pregunté.

Por más que intentará leer sus expresiones el rey no expresaba nada con su rostro, ignoraba por completo si en su cabeza pensaba matarme, besarme o golpearme por atrevida. Su risa fue estridente, incluso estaba segura que se había escuchado en el pasillo y el salón principal del edificio.

—Pobre e inocente florecilla, es sacrilegioso enamorarte del esposo de otra mujer, el castigo es la muerte— me contestó mientras acomodaba uno de mis mechones de cabello detrás de la oreja— Aunque si es el emperador este podría perdonarte la vida y solo aplicarte un castigo leve— finalizó.

—¿Y cuál sería ese castigo? — le pregunté mirándolo a los ojos fijamente.

Él me pasó su mano por mí brazo hasta aferrarse a mí cintura.

—Tal vez unas nalgadas por ser una niña muy mala y atrevida— me susurro sin quitarme los ojos de encima.

—Entonces me declaro culpable mi señor— le susurré y él sonrió.

—Por cierto, felicidades por su embarazo señorita— me comentó, atándome el listón de seda rosa en mi muñeca.

—Gracias su majestad— sonreí levemente.

Las noches y los días pasaron lentamente, al ser la única dama que esperaba un hijo del emperador, pasaba gran parte del día sola entre esos muros de mármol, las sirvientas venían solo a traerme las cosas necesarias para que sobreviviera, no estaba acostumbrada a tanta soledad, el emperador no volvió a venir desde ese día que por poco pierdo la cabeza por mi bocota.

Estaba leyendo nuevamente la historia de la diosa Asthetiquen cuando las puertas del salón principal se abrieron, la señora del bastón que me había ido a buscar a los aposentos del emperador aquel día cuando me entregue a él entro acompañada de dos sirvientas y un eunuco.

—Buenos días Señorita Amelia ¿Cómo se encuentra el hijo del emperador?

— me preguntó.

—Buenos días, solo he andado con náuseas y algo de mareos— contesté sonriendo levemente.

—No pregunté por usted— me respondió tajante.

La quedé mirando un momento mordiéndome la lengua para no contestarle de mala manera, aún no tenía el suficiente poder para exigirle respeto.

—Creí que la salud de la madre es tan importante como la salud del niño— contesté lentamente aguantándome las ganas de decirle unas cuantas verdades.

—Se equivocó, aquí no importa quien engendré sino el heredero del emperador, a no ser claro que usted sea la emperatriz, algo que no es ¡Y que nunca será! — confirmó remarcando ese "nunca".

Solo la quedé mirando sabiendo desde ya de que lado estaba esa anciana detestable, aunque no podía decir que era una decisión determinada pues la mayoría de los sirvientes en la situación en la que estaba ahora se pondrían del lado de la emperatriz, necesitaba más poder para hacerme respetar y conseguir aliados, poco a poco iba entendiendo este mundo peligroso en el que me habían metido a la fuerza, si quería sobrevivir debía seguir las reglas del juego.

—Muy bien señora, el hijo del emperador se encuentra bien de salud, sigue creciendo y últimamente anda muy inquieto— le contesté sin mirarla a los ojos.

—Ellas dos son Catalina y Mercedes serán sus damas de compañía asignadas por la emperatriz y él es Amón fue nombrado encargado de este palacio así que a él deberá consultarle y/o pedirle todo lo que necesite— me presento a los tres sirvientes que la acompañaban.

—¿Y ellos le servirán al hijo del emperador o a mí también? — no aguante en preguntarle.

Me quedo mirando con mala cara un momento, pero no dijo nada, simplemente se giro hacia la puerta de salida. Sonreí con ganas al ver cerrarse las puertas.

—Bueno supongo que ya saben quién soy ¿Verdad? —pregunte a los tres que me miraban fijamente.

—Estamos a sus órdenes señora— me contestaron al unísono.

Les sonreí levemente, no quería ser como esas mujeres que cuando adquirían algo de poder se olvidaban de sus orígenes, yo seguía siendo una esclava con mayor categoría, solo eso. Cuando estaba a punto de cumplir las ocho lunas me llegó la invitación de la emperatriz para ir a la celebración de su veintiún cumpleaños, sería en el complejo del palacio imperial en el ala del águila dorada, esa parte que contaba con más de cien habitaciones repleta de los mejores lujos era el lugar reservado de la emperatriz. Del otro lado se encontraba el ala del dragón donde vivía el emperador, estos dos edificios se unían con una tercera edificación llamada "la glorieta" donde cada domingo de la semana el emperador se reunía con su reina y pasaban el día sagrado juntos. El domingo era el día santo por excelencia pues se narraba que un domingo fue el día en que el primer emperador Tang había sido bendecido por los dioses y convertido en un enorme dragón rojo para vencer a sus enemigos, conquistar sus tierras que luego se convirtieron en el magnífico imperio Shizar.

—¿Qué se supone que debo ponerme en eventos así? — le pregunté a mis damas.

—Tranquila señora nosotras la arreglaremos para que esté hermosa esta noche— me dijeron ellas.

No entendía porque la emperatriz me invitaba a su cumpleaños, no me daba buena espina todo este asunto, pero tampoco podía negarme a su invitación. Me puse mi mejor vestido y esperé a que los guardias me vinieran a buscar para ir al palacio real, el complejo era tan grande que debía ir en carruaje desde un punto al otro, nunca había ido al palacio real, había vivido desde los cinco años en la ciudad del rey que eran hectáreas de campos, jardines, edificios y palacios, millares de guardias, servidores, sirvientas, esclavos, damas, señoritas, todo rodeado de un gran muro impenetrable y macizo. La ciudad del rey se dividía en cuatro zonas bien divididas, la de más al fondo era la zona de los esclavos donde se encontraban los edificios más antiguos entre ellos el palacio olvidado donde se decía que vivían las mujeres repudiadas por el emperador y las que habían pertenecido al harem del rey muerto, cuando un gobernante moría todo su harem era recluido en ese palacio, a no ser que fueras madre del príncipe heredero o de una princesa, si eras madre de un príncipe menor eras desterrada allí y tu hijo asesinado para evitar rebeliones futuras. La zona contigua era la zona de la servidumbre, allí estaban los cuatro edificios donde vivían los sirvientes, las favoritas y la cuarta y tercera esposa del emperador. Luego venía la zona de los mandatarios donde vivían todos los consejeros reales, el visir que era la mano derecha del rey, sus esposas e hijos. Por último, el magnífico jardín imperial con los palacios donde vivían la emperatriz, la madre real, el

emperador, las princesas y la segunda esposa.

Quedé maravillada de todos los lujos, arte, diseño que se encontraba en ese lugar, era bellísimo en cada uno de sus rincones. Al llegar al salón donde se realizaría la fiesta ya estaban gran parte de los invitados, había unas mujeres bailando y unos músicos tocando varios instrumentos.

—Este es el salón imperial aquí suelen hacer todas las fiestas de la familia real— me susurro Catalina.

—En esa tarima con sillones bordados en oro solo tienen permitido estar los miembros de la familia real, la mujer vestida de negro con rojo es la madre imperial o madre del dragón— prosiguió Mercedes.

—Es decir la madre del emperador— complete yo admirando a la bella mujer que se encontraba sentada justo en medio de las demás mujeres.

—Las dos señoritas que se encuentra del lado derecho e izquierdo de la madre dragón son las princesas Delia y Magenta, son hermanas del emperador— continuó Catalina.

—La mujer que se encuentra sentada en el almohadón justo debajo de la madre real es la emperatriz y única esposa real— dijo Mercedes.

La mujer de mirada fría no me estaba mirando aún, se notaba que tenía un temperamento complejo, nadie se atrevía a siquiera mirarla a los ojos, podía asegurar que esa mujer no dudaría en ser tú verdugo si te entrometías en su camino.

—Y por último la hija de la emperatriz es la pequeña princesa que se encuentra junto a su nodriza en el almohadón del otro lado de la madre imperial— finalizó Catalina.

—¿Yo dónde debería sentarme? — pregunté mientras caminábamos a presentar nuestros respetos a los miembros de la dinastía.

—Usted aún no pertenece a la familia imperial, debe sentarse en cualquiera de las otras tarimas disponibles— me indicó Amón.

Cuando llegue adelante de la madre dragón todas esas mujeres me miraron de arriba abajo, pero la mirada de la emperatriz en mi vientre abultado era venenosa, sus ojos destellaban rayos, sentía que en otras circunstancias me hubiera ahorcado con sus propias manos.

—Mis señoras, madre, princesas, emperatriz— me incliné adelante de cada una con la ayuda de mis damas porque perdía el equilibrio por el

peso de mi vientre.

—Bienvenida señorita Amelia ¿Cómo se encuentra el heredero del imperio? — me preguntó la madre dragón.

—Esta muy inquieto mi señora, creo que ya está ansioso de salir— le comenté con una sonrisa.

Ella sonrió levemente.

—Me alegró que así sea, espero tengas un termino seguro y un parto feliz— me deseo.

—Gracias madre— me volví a inclinar y luego hui a la primera tarima que encontré desocupada.

La emperatriz no dejó de vigilar cada uno de mis movimientos, me sentía observada en todo momento.

—Buenas noches ¿Tú eres la mujer que burló la seguridad de la emperatriz? — me preguntó una voz femenina detrás mío.

¿Burlar su seguridad? Repetí en mi cabeza antes de girarme al ver a la joven muchacha que se encontraba parada detrás mío.

—My lady Amelia me presento, soy Lady Sandi Dupon segunda hija del primer ministro Horario Dupon— me dijo haciendo una pequeña reverencia con su cuello.

Luego se sentó a mi lado.

—Debo preguntar ¿Cómo hizo para hacer lo que hizo? — insistió con una sonrisa.

—No sé de qué habla señorita Dupon, yo solo fui esa noche a los aposentos privados del dragón porque así lo dicta la tradición— le comenté sin mirarla.

—Si eso ya lo sé, pero me refiero a ¿Cómo hizo para burlar las trampas de la emperatriz? — volvió a preguntar.

—No me colocó ninguna trampa— le aclaré mirándola a los ojos.

—A es que sus trampas son sutiles, por ejemplo, una vez oí que a una mujer en el palacio de Damon le dio un jugo con hierbas laxantes y la pobre muchacha no pudo asistir a su noche de tradición, él emperador que en ese entonces era príncipe se enojo y la desterró— me contó emocionada— En otra ocasión oí que una muchacha cuando estaba

entrando a los aposentos del príncipe se resbaló con aceite que misteriosamente se había escurrido de la lámpara— me contó otra historia.

Si me ponía a pensar en esa noche y las supuestas trampas de la emperatriz para que ninguna mujer tuviera hijos con el rey, si que hubo un suceso extraño aquel día, aún lo recordaba bien al sirviente que luego nunca más vi, el cual me llevo un pequeño dulce en un plato de oro con tapa, habiendo tantos dulces en la mesa él fue específicamente a ese pequeño plato cubierto. Recordaba que no me lo había tragado porque al morderlo le sentí un gusto extraño, como una mezcla de dulce y ácido al mismo tiempo, cuando el sirviente se dio la vuelta lo escupí en una planta cerca de la puerta por dónde había entrado. Lo más curioso es que el extraño hombre se fue como alma que se lleva el diablo en cuanto vio entrar al emperador. En ese momento creí que era tradición todo aquello y no le preste mucha más atención, pero ahora podía asociar las trampas de la emperatriz con ese incidente extraño.

—Pero si ya saben que hace eso ¿Por qué nunca la castigaron? Con esas acciones pone en riesgo a la dinastía— le pregunté a la muchacha sentada junto a mi.

—Son incidentes que jamás podrán asociar a la emperatriz, no se la podría castigar sin pruebas y los únicos testigos son los sirvientes que luego desaparecen en cuanto cumplen su trabajo— me respondió ella mirando de reojo a la mujer que aún seguía mirándome fijamente sin siquiera parpadear.

—¡Atención! Su alteza real el Emperador Dimitri Tang— anuncio un eunuco.

Todos nos levantamos par hacer una reverencia al rey. Este me ignoro al ingresar, fue directo a dónde su madre para pedirle la bendición, luego saludo a sus hermanas quienes le pidieron su sabiduría como rey, beso a su esposa y fue allí cuando me vio parada en la tarima del lado derecho, sus ojos tenían un destelló extraño cuando me vieron, sentía que odiaba el hecho que yo estuviera allí. Luego levanto en brazos a la pequeña princesa y le dio un beso en la frente. Se giró tomo la mano de su primera esposa quien sonreía majestuosamente.

—Mi águila dorada, mi reina, mi alma, espero que cumplas veintiuno primaveras más a mi lado, espero que tú vida sea de gracia y bendición, le pido a los dioses tener cien hijos contigo y que todos lleven tú hermoso rostro de luna— le recitó profundamente enamorado de ella.

Había algo que ardía dentro mío, sentía que en mi corazón se había clavado una daga y no sabía cómo sacarla de allí, no podía gritar pues la que estaba mal era yo, no podía hablar porque eso significaría un castigo

o la muerte seguro, debía comportarme con todos los protocolos que me habían inculcado de pequeña, aunque eso significará ver a mi amor con esa otra mujer y mi alma desfalleciera lentamente.

—Que dulce y tierno amor, hasta te convence de casarte así te aman como a la emperatriz— comentó Sandi Dupon que seguía a mi lado— Lastima que no es real, solo una simple actuación bien elaborada— finalizó sentándose como todos a la señal del emperador.

—¿No es real? — le pregunté curiosa mientras la observaba.

—Creí que tú lo sabías señorita Amelia— me contestó observándome a su vez.

Mi rostro le habrá dicho que definitivamente ignoraba cualquier cuestión entre el emperador y su reina porque sonrió nuevamente mientras se concentraba en su comida.

—No se porque no me sorprende que no te hayan comentado nunca, debe ser la estrategia para que tú no te creas mejor que la emperatriz y cometes alguna estupidez— prosiguió mirando de vez en cuando hacía la mesa imperial— Cuando un príncipe es destinado a una provincia del imperio la madre del heredero viaja con él y le selecciona de entre todas las mujeres de la región destinada diez que serán parte de su harén, una vez que el príncipe se vuelve Emperador viaja a la capital solo con aquellas mujeres que en ese tiempo hayan logrado tener hijos e hijas del príncipe— miró un momento a la pequeña princesa y luego me volvió a mirar a mí— En este caso y sospechando que la emperatriz uso las mismas artimañas en la provincia donde fue seleccionada para formar parte del harén de su majestad, la única que logró tener una hija con su alteza fue ella, por esa razón las demás mujeres fueron desterradas al palacio olvidado y ella se convirtió en la emperatriz suprema— noté que en su mirada se cernía una sombra oscura al hablar de este tema pero no entendía muy bien porque— Sin embargo como tuvo una hija y no un hijo aún su poder no está firme, si tú llegarás a tener un heredero varón serías subida al cargo de emperatriz y ella bajada al cargo de segunda esposa imperial— finalizó.

Mis ojos se abrieron en señal de sorpresa por lo que había escuchado, siempre había creído que el cargo de emperatriz no podía ser arrebatado de su poseedora, ahora entendía porque el rey me había dicho esa última noche juntos que yo quería quitarle el poder a su esposa, me toqué el vientre instintivamente, ahora sentía que no solo yo estaba en peligro eminente sino mi niño no nacido, si algo había aprendido es que las personas luchan por el poder y son capaces de cualquier cosa por él, eso incluía asesinar a una mujer embarazada seguramente.

La noche que más temía llegó junto a la luna llena, recitaba la oración que la diosa Asthetiquen rezaba cuando el dios del caos se le acercaba aquella noche de luna roja.

—Protégeme de los males de este mundo, evita la tentación a la oscuridad, protégeme de los espíritus impuros, sálvame de la perdición, otorgarme vida nueva— tenía los ojos cerrados mientras oraba en silencio, solo obedecía órdenes de la partera, no confiaba en nadie más.

—Abre las piernas— me indicó la doctora mientras se arrodilla para recibir a mi hijo.

—Mercedes que nadie entre— le grite con desesperación mientras me aferraba a la mano de Catalina.

Ellas y Amón eran mis únicos aliados en esta inmensa ciudad imperial con todos sus edificios y palacios. Horas fueron las que sufrí por traer al hijo del emperador, pero tras ese sufrimiento donde sentía que moría una y mil veces en una noche, pude escuchar el rugido de mi pequeño dragón.

—¡Felicidades! Es un niño— me anunció la partera entregando a mi bebé en mis brazos.

Esa noche obtuve dos cosas un pequeño niño que me regaló todo el amor que su pequeño corazón podía guardar y una enemiga que utilizó hasta las armas más mortales para acabar conmigo. La tradición exigía que luego que la madre pasará los cuarenta días de sangrado se le hiciera una ceremonia de purificación, para ello fui vestida completamente de blanco con un velo que cubría todo mi rostro, me llevaron al río que rodeaba la ciudad imperial y con la ayuda del sacerdote del templo de Amnax dios de la creación me sumergieron por completo en sus aguas. Luego unas sacerdotisas molieron unas hierbas silvestres en un cuenco.

—Sostiene a tú primogénito— me indicó el sacerdote mientras las sacerdotisas le acercaban al emperador el cuenco con las flores molidas.

Un eunuco tocó la mezcla y todos se quedaron observándolo un momento, no entendía que sucedía.

—El eunuco es el probador de venenos del emperador, él debe asegurarse que esas hierbas no estén envenenadas— me explico Catalina.

Me horrorizaba la idea de que incluso en un ritual sagrado alguien pudiera intentar asesinar al rey o a su hijo, cada vez me sorprendía más lo que las personas podían ser capaces de hacer por poder. Una vez que se confirmó que el ungüento estaba libre de todo mal, su majestad unto sus manos en él y se me acercó, le hizo la marca de la dinastía a su heredero mientras

lo declaraba miembro del imperio.

—A partir de este día todos te conocerán como Amixis príncipe de Shizar— anunció el rey.

—¡Amixis príncipe de Shizar! — repitieron todos en unisonó.

Luego el emperador me observó un momento, se volvió a untar la mano en las hierbas y me marco a mi en la frente.

—A partir de este día serás conocida como Amelia primera esposa imperial, miembro de la gloriosa dinastía Shizar— declaro y todos repitieron al unisonó nuevamente.

Me incliné en señal de respeto, pero él me levanto el mentón.

—Una reina jamás mira al suelo— me aclaró serio.

Asentí rápidamente.

Amixis tenía mi color de cabello y los ojos verdes del rey, él si pertenecía a este mundo, a está tierra. Desde ese día fue conocido como el príncipe heredero, hijo de madre extranjera con una belleza particular y padre emperador supremo con un poder sin igual, todo el pueblo creía que tendría un gran futuro por delante. Pasaron treinta largos días de preparación para mí coronación oficial como regente del imperio. Me había refugiado en el palacio de las favoritas porque si bien no había vuelto a ver a la emperatriz Rihanna ella se había asegurado que la tuviera muy presente en mis pensamientos. Todo comenzó cuando dos mañanas después del acto de purificación decidí salir a dar un paseo por el jardín, a penas se abrieron las puertas note que en medio de un charco de sangre yacía una paloma completamente desmembrada, mi grito de horror llamo la atención de todos allí.

—¡Señora! ¡Señora! ¿Qué sucede? — preguntó Mercedes que fue la primera en llegar a mi lado.

No podía emitir palabras, solo atiné a señalar el horrible regalo que me habían dejado en la puerta, Mercedes grito de la misma forma que yo había gritado antes. Esa primera señal me dio la pauta de que en ningún lado estaba segura, que mi hijo corría un gran peligro, me encerré en la habitación negándome a salir bajo ningún motivo, solo dejaba que mis tres sirvientes más cercanos fueran los únicos en entrar allí.

—¡Atención el emperador Dimitri Tang está aquí! — escuché a los guardias anunciar.

Me levanté con mi hijo en brazos del cual no me despegaba en ningún momento. El emperador entro a mis aposentos, seguramente notó la palidez que aún conservaba en mi rostro luego del incidente, se acercó tomando mi cara entre sus manos.

—Su majestad...— susurré débilmente.

—Shh, no digas nada ¿Te encuentras bien? — sus ojos iban de mi rostro a nuestro hijo.

—Estamos bien mi señor, solo ha sido una advertencia supongo— le contesté mirándolo a los ojos.

—¿Advertencia? — preguntó confundido.

—No creo que ella se detenga solo con eso— susurré mirando su pecho con la imagen de la paloma ensangrentada clavada en mi mente.

—¿Ella? ¿Sabes quién fue? — me preguntó obligándome a qué lo vea a los ojos.

Dude un momento antes de responder, no sabía cómo se tomaría el hecho de que su ahora segunda esposa estaba amenazando la vida de su único hijo.

—Es muy lógico que quién hizo esto fue... Rihanna mi señor, yo... yo le he arrebatado todo su poder— termine susurrando la última parte.

Dimitri se alejó de mi observándome de arriba abajo serio.

—¿Tienes idea de la gravedad de tú acusación? — me refutó parecía molesto.

—Usted sabe mejor que nadie aquí lo que las personas son capaces de hacer por poder—intenté defender mi punto de vista.

—Es de mi segunda esposa de quién hablas, la primera mujer de mi vida— me refutó ahora sí completamente furioso.

Me ofendía que me recalcará que ella era la primera mujer que había amado, como si yo fuera la cruel y malvada sirvienta que la remplazo. Ahora no tenía ánimo de discutir, no tendría ningún sentido, él la sabía amando a ella, solo me había aceptado como su primera esposa porque la ley así lo exigía. Me acerqué con la cabeza inclinada y lo abracé.

—Disculpe su majestad, no sé lo que estoy diciendo, solo tengo miedo, no quiero que le pase nada al príncipe y veo a todos como posibles enemigos, el único que nos puede proteger es usted— susurré mirándolo a los ojos

ligeramente.

El rey dudo unos largos minutos en relajar su posición defensiva, pero finalmente me envolvió con sus brazos.

—Nadie podrá hacerles daño mientras estén bajo mi territorio— me indicó levantándose la cabeza para verme— Deja de pensar tanto las cosas y concéntrate en que en una semana serás coronada como la emperatriz.

Finalmente, el día llegó, se nos dio una lista estricta de la madre dragón de como debía ir vestida, que debía hacer, cuando y donde.

Se me vistió con un vestido dorado simbolizando la Ascensión de un nuevo sol naciente, un peinado recogido sencillo, aros en forma de media luna para demostrar mi dominio como regente del sol y la luna. Luego fui llevada al tembló de Amnex dónde los sacerdotes me esperaban para los ritos iniciales, este ritual era privado, pero yo exigí que al menos una de mis sirvientes me acompañará y un eunuco cualquiera. Los guardianes del tembló encendieron unos sahumeros alrededor del dios, los de cargo más bajo comenzaron a recitar unas oraciones al unisonó mientras el primero de ellos se me acercó con un cuenco lleno de aceites perfumados.

—¡Alto! — lo detuve antes que me untara con ellos— Tú, prueba que no estén envenenados— le ordené al eunuco.

—De ninguna manera permitiré que unas manos impuras toquen los aceites sagrados— se negó el jefe de los sacerdotes molesto corriendo el cuento antes que el eunuco pudiera cumplir mis órdenes.

—¿Qué prefieres? Hacer la prueba o arriesgar la vida de tú emperatriz— le pregunté sin quitarle la vista de sus ojos.

El sacerdote dudo un momento antes de permitir que el eunuco colocará sus dedos en los aceites, al asegurarme que nada sucedió me deje untar con ellos la frente, manos, pecho y pies, para que el dios Amex me otorgará sabiduría, fuerza, misericordia y caminos rectos en mi reinado. Luego de esa ceremonia fui guiada por el palacio real hacia el salón del trono, nunca antes había estado allí, las puertas se abrieron dándome pasó, me recibió un salón lleno de dignatarios, toda la familia real, gobernantes de las provincias y la segunda esposa Rihanna quien me miraba con deseos de saltar encima de mí en ese mismísimo instante. Me frene en medio del salón justo al pie de los escalones que daban al trono del emperador, presente mis respetos al gran dragón rojo. Dimitri aún seguía molestó por nuestra charla de hace una semana, me miró de arriba abajo antes de levantarse, bajo lentamente los escalones, mi cuerpo se tensó al tenerlo justo al frente mío. El consejero real le acercó la corona

en forma de águila dorada y él me la colocó en la cabeza.

—Te declaró mi emperatriz y regente de todo el majestuoso imperio Shizar— dijo en voz alta.

—¡Larga vida a la emperatriz Amelia! — grito el consejero real y todos lo imitaron al unísono.

Cuando el rey me coronó como la emperatriz regente tal como dictaba la ley del imperio, la actual reina Rihanna fue destituida colocándola en el puesto de segunda esposa, yo y el príncipe Amixis nos mudamos al ala del águila dorada mientras que ella fue trasladada al palacio de plata donde viviría como segunda esposa hasta el fin de sus días o de los míos.

Image not found.

La tradición dictaba que todas las noches donde comenzaba un nuevo ciclo lunar el dragón y el águila se debían unir para engendrar nuevos hijos de la dinastía, pero él no apareció ni la primera luna ni las próximas.

—Debes exigir tú derecho— me dijo Sandi Dupon sentándose en el sillón del balcón.

Yo estaba parada frente al precipicio apretando con fuerza el grueso barandal de mármol blanco mientras observaba a lo lejos la luz del segundo palacio encendido una vez más.

—No debí acusarla aquella vez con el asunto de la paloma— mencioné apretando los dientes.

—No sirve lamentarse por el pasado— me recriminó Sandi.

Golpearon la puerta que daba a mis aposentos.

—¡Adelante! — di el visto bueno mientras me giraba para ver a mi invitada— ¿Qué me aconsejas hacer? Tu conoces todo sobre esta vida— le pregunté.

—Los hombres son los que ostentan la corona, pero las mujeres son las que controlan el poder, cuando comprendas eso entenderás todo el mecanismo del juego— me contestó como si de un acertijo se tratará.

Mercedes apareció por la puerta del balcón con una bandeja que contenía dos tasas de té y unos dulces típicos de Shizar, se inclinó en señal de respeto antes de dirigirse hacia la pequeña mesa para servir la merienda.

—Sin embargo, sin el amor del hombre la mujer no tiene nada más que un título— le completé su frase.

—Entonces la clave radica en conquistar nuevamente el corazón de su majestad— concluyó Sandi bebiendo un sorbo de té.

Al día siguiente me puse el vestido que mejor me quedaba de color rojo con bordados dorados y saqué a Amixis que ya estaba por cumplir cuatro meses a pasear al jardín, justo a la hora donde el emperador hacía su caminata diaria junto a la madre dragón.

—Madre regáleme su bendición— me incliné ante la madre dragón.

—¿Cómo se encuentra el pequeño cachorro de dragón? — sonrió ella tomando en brazos al príncipe.

Sonreí mientras observaba como esa implacable mujer jugaba con mi hijo. Observé al emperador que como siempre me ignoraba como si yo no estuviera allí, dudé un momento, pero no podía perder la oportunidad, me acerqué a él lentamente hasta colocarme justo a su lado, una brisa de viento veraniego lo envolvió esparciendo su aroma que tanto me gustaba sobre mí.

—Buenas tardes mi señor— comencé a decirle, pero no obtuve respuesta.

Su rostro frío y serio me hacían doler el alma.

—Puedo... Puedo preguntar ¿Hasta cuándo va a castigarme? — tartamudeé la pregunta.

—Los seres humanos creen que pueden actuar sin consecuencias y cuando estás vienen ruegan por piedad— me contestó sin siquiera dirigirme la mirada.

—Sin embargo, está mujer humana que tiene a su lado ha llorado lágrimas de sangre mientras siente desfallecer su corazón a causa de su ausencia, por favor le ruego amado mío que no permita que esté frío invierno congelé mi alma y sepulte nuestro amor— le recité un fragmento de una carta que le había escrito y no me animé a enviarle.

La madre dragón devolvió al príncipe a mi dama de compañía, me incliné cuando siguió su camino y el emperador se fue sin responder. Observe a Catalina quien me miraba tristemente, sabía todo lo que había llorado por el rey en mis aposentos.

—Al menos lo intenté— susurré continuando con mi camino en silencio.

Esa noche me despedí de mi hijo con un beso en su pequeña frente e hice que mis sirvientas se fueran dejándome sola, dude un momento si ir al balcón a ver la luz de la habitación privada de la segunda esposa encendida mientras me imagina que era yo quien estaba en los brazos de su majestad en lugar de ella, pero preferí mejor continuar con la lectura de la historia del imperio Shizar, iba en la parte donde el primer emperador Dionisio Tang se levantó junto a un grupo de hombres para enfrentar al dragón de siete cabezas, la analogía de la historia real y la leyenda era muy interesante. El dragón de siete cabezas eran los siete poderes del antiguo orden mundial que había acabado hace ya mil años.

—¡Atención su majestad el emperador! — anuncio el guardia de la puerta.

Me levanté apresurada para presentar mis respetos, mire horrorizada que estaba usando el pijama menos sexy que tenía, pensé que no vendría, ya estaba acostumbrada a que no lo hacía.

—Su majestad ruego me perdoné por mi vestimenta creí que... No vendría— susurré.

—Tú me pediste hoy que viniera ¿No te acuerdas? Invierno frío, corazón roto, lágrimas de sangre— me refutó con una ceja levantada.

—Debo admitir que ya había perdido la esperanza de que me quiera ver— me expliqué.

Él torció el labio antes de comenzar a deambular por la habitación, no había entrado antes a ese aposento luego de las modificaciones que le mandé a hacer cuando me mudé. Tomó una manzana, jugueteó con ella en sus manos, se acercó a la mesita y tomó el libro de la historia del imperio que acababa de dejar allí.

—¿Historia del imperio Shizar? — me miró de reojo antes de continuar ojeando las hojas— El gran emperador Dionisio Tang vence la tercera cabeza del orden— leyó el título del tercer capítulo.

—Ahí ya había vencido al poder económico, social y este era el cultural— le confirme lo que estaba escrito en ese capítulo.

—No sabía que te interesará tanto nuestra historia— comentó observándome de arriba abajo.

—Un buen líder siempre debe conocer la historia de su pueblo para poder aprender del pasado y no repetir los mismos errores en el futuro— comenté uno de mis valores personales.

—Así que todo esté tiempo has estado entrenando tú liderazgo, la pregunta ahora es ¿Para qué? — me interrogó.

No sabía a lo que se refería, pero tenía una idea de lo que podría haberle dicho Rihanna todo este tiempo que estuvo visitándola, gracias a lady Sandi que parecía conocer a la perfección a mí rival, era una muy útil aliada la señorita Dupon.

—Seguramente intentará convencer al rey de que tú eres una traidora, si yo fuera tú enemiga y tú me has ganado teniendo un heredero antes, mi mejor forma de vencerte es lograr que te ejecuten— habían sido las palabras que me había dicho esa tarde cuando le pedí que me aconsejara.

—En el libro en varias ocasiones menciona que sus predecesores lograron hacer cada una de esas grandes hazañas gracias a que tuvieron emperatrices dignas de acompañarlos, mujeres inteligentes, estrategas y especialmente conocedoras del pueblo, quiero ser ese apoyo incondicional con el que usted pueda contar siempre— respondí mirándolo a los ojos.

Su rostro sin expresión una vez más no me dejaba saber si lo había o no convencido de mis buenas intenciones, Rihanna corría con ventaja, había podido sembrar la semilla de la discordia en la cabeza del emperador durante los últimos tres meses. Él dejó el libro en la mesa y los restos de la manzana, se me acercó hasta quedar a centímetros de mi cuerpo, tomó mi rostro entre sus manos obligándome a mirarlo.

—Veo que la niña está más madura ahora, eso me es interesante— concluyó echando una mirada a mi cuerpo tembloroso.

Me acarició con sus dedos delineando mi silueta frágil y delgada, comenzó a besarme suavemente mientras me agarraba por la cintura, podía escuchar mi respiración agitada, todo su aroma me envolvía volviéndome loca por él nuevamente. Me hizo caminar hacia atrás hasta que ambos caímos a la cama, cada vez que sus dedos rozaban mi piel mi cuerpo se electrocutaba, podía encender todos mis deseos con solo acercarse a mí. Sentí sus labios rozar mi piel con sensualidad, sus manos jugando sobre mí intimidad, su cuerpo conectándose con el mío, cerré los ojos sintiendo como lentamente entraba en mí, invadiéndome por completa, ambos aullamos a la luna llena toda la noche, hoy me había vuelto a entregar a mi señor.

A la mañana siguiente al despertar él estaba vistiéndose.

—¿Ya se va mi señor? — le pregunté.

—Tengo asuntos imperiales que atender— respondió serio mientras terminaba de ponerse su ropa.

—¿No se quiere quedar a desayunar? Por favor— termine susurrando mientras hacía puchero como si de una niña me tratará.

Dimitri me observó un momento sin decir nada.

—Eso no va a funcionar— contestó tomando su espada.

Me adelanté y la tomé primera mientras corría al otro lado de la habitación.

—Entonces tal vez sí escondo su espada se tenga que quedar para

buscarla— sonreí.

—Amelia tengo que irme, devuélveme eso— me advirtió.

—Mmm déjeme pensar ¡No! — le contesté riendo mientras corría hacia otro lado cuando se me acercó.

—¡Ay niña! ¿Qué haré contigo? — me preguntó sonriendo levemente.

—Mírame, quererme, hacerme suya cada noche y ahora desayunar conmigo— le respondí intentando correr para que no me atrapara.

Pero me engañó y con un rápido movimiento me arrastró del brazo atrayéndome donde él.

—¡Oh no! Estoy en problemas ¿Verdad? — le pregunté mordiéndome el labio inferior.

—En muchos problemas niña mala— me susurró dándome un beso apasionado— Esta noche me encargaré de ti cariño— sonrió antes de soltarme e irse.

Cuando se fue comencé a girar tontamente hasta caer a la cama, por fin había logrado conquistarlo nuevamente y me iba a asegurar de no volver a perderlo otra vez. Ya entendí las artimañas de Rihanna, sabía que volvería a ponerme trampas para dejarme mal con el emperador, no podía permitir que Dimitri se fuera con ella otra noche porque si bien, aunque ahora tuviera hijos con el rey no podría quitarme mi título, estaba segura que una vez tuviera un heredero se intentaría deshacer de Amixis para que su hijo quedara como el primer príncipe, ahora no podía tocarlo porque eso sería poner en riesgo a toda la dinastía.

Los años pasaron, Amixis cumplió diez años, podía ver qué los años hacían sus primeras señales en mi piel antes tersa, las primaveras me abandonaban y con eso un nuevo peligro se hizo presente.

—¿Quién es ella? — susurré mirando a la nueva favorita que hoy reclama su derecho de virginidad.

—¿Has notado que Rihanna está muy tranquila últimamente? — me preguntó Sandi ignorando mi pregunta.

Me gire con cara de pocos amigos.

—¡No me interesa esa mujer! — le recalqué mirándola fijamente.

—Pues debería interesarte ya que fue ella quien trajo a esa criada— me

comentó encogiéndose de hombros.

—¿Cómo sabes eso? — le pregunté acercándome a ella.

Sandi me extendió un papel escrito que debajo tenía la firma de la segunda esposa.

“ Querido emperador espero le gusté mi regalo, yo personalmente la escogí para usted ”

Arrugue el papel en mis manos con los dientes apretados.

—¡Esa maldita mujer nunca se rinde! — escupí furiosa.

—Es fácil ser perseverante cuando tienes un objetivo que cumplir— me recordó Sandi.

La mire de reojo sin entender.

—¿Recuerdas a la adivina esa que vino hace un mes? — comentó mirando algún punto del piso del balcón.

—¿Qué con ella? — le insistí impaciente.

—Ella menciona que un huracán de fuego y terror se estaba creando dentro de la ciudad imperial, que este provocaría una guerra sin fin y la caída del dragón, que solo una mujer con sangre dorada podría detenerlo— recitó la supuesta visión de la bruja.

—Son todas palabrerías sin sentido, era obvio que solo quería monedas— siempre había sido incrédula en todos esos temas místicos.

—Tal vez si, pero no puede negar mi señora que si existen problemas dentro de la ciudad— me hizo recordar.

En definitiva, hace un mes se había ejecutado a tres consejeros reales a los que se les había escuchado según varios testigos hablar sobre un supuesto complot en contra del emperador, eso sumado a un intento de asesinato de la madre dragón mientras dormía en sus aposentos hizo que los climas se volvieran tensos dentro de la ciudad imperial.

—El emperador ya se encargó de los traidores— la intenté tranquilizar.

De nada servía que nos pusiéramos a divagar sobre asuntos ya resueltos.

—Tal vez no sea así— insistió ella extendiendo un nuevo papel hacia mí.

La mire desconfiada un momento antes de tomarlo en mis manos.

“ Las piezas ya están puestas en su posición, solo falta su orden para ejecutar el plan, quedamos atentos a nuevas instrucciones -firma C.S”

—¿Qué significa esto? — le pregunté mirándola fijamente.

—Mi deber como su dama de compañía es protegerla a usted y al príncipe heredero, uno de los eunucos que coloque en la mensajería trajo ese mensaje— se explicó sería.

—¿Y quién es C? ¿S? — volví a preguntar.

—Aun no lo sé, pero tengo mis sospechosos— exclamó con una mano en su mentón.

—¿Quiénes? — insistí impaciente.

—Un guardia del emperador que ya me lo encontré en lugares que no le corresponden en tres ocasiones, un eunuco que el otro día estaba susurrando con unas sirvientas a escondidas en la cocina y un consejero real que varias veces ví salir de los aposentos de la segunda esposa— me los mencionó.

—¿Crees que la segunda esposa tiene culpa en la conspiración? — no entendía porque esa insistencia para con Rihanna.

Era mi rival amorosa pero no la veía capaz de iniciar una revuelta imperial.

Las puertas se abrieron sin previo aviso y entro Mercedes corriendo con el rostro pálido.

—¿Qué significa esto? — pregunté molesta.

—¡Señora! Un grupo de campesinos han rodeado las tres puertas principales del palacio y lograron tirar una de ellas, están ingresando con toda violencia a los jardines del antiguo palacio— me comunicó.

—¡El príncipe! — grite aterrorizada.

—Él ya se encuentra con la madre dragón, debemos irnos con ella rápidamente hasta que los guardias logren retener la revuelta— me informó Mercedes.

Tome mis cosas más esenciales y nos dirigimos al palacio resguardado de la madre dragón. Cuando llegue allí ya estaba Rihanna junto a mi príncipe, me acerqué a él para abrazarlo mientras lo alejaba disimuladamente de

esa mujer a la cual no le confiaba nada.

—No te preocupes emperatriz solo es una revuelta que pronto será controlada por los guardias— me tranquilizó la madre.

Asentí aún nerviosa pues nunca había estado en una revuelta.

—Disculpe madre quiero ir a buscar a mi princesa, aún no ha llegado y estoy preocupada por ella— le pidió permiso Rihanna a la madre.

La princesa ya tenía quince años y se le había asignado un palacio para ella sola hace un año al convertirse oficialmente en señorita. No habían pasado ni diez minutos desde que Rihanna se había ido cuando se escuchó un grito, no cualquier grito, era desgarrador. Junto con la madre dragón salimos al pasillo guiadas por los alaridos de una mujer agobiada, podíamos esperar lo peor, pero al finalizar el largo pasillo nos encontramos con una escena de lo más horrible, el cuerpo de la joven princesa yacía colgado sin vida, detrás de ella un horripilante mensaje sangriento escrito en las paredes recitaba " Muerte a la dinastía ".

—Debemos irnos de aquí— ordenó la madre tomando de los brazos a una Rihanna desbastada.

—¡Suélteme! No quiero irme, moriré con mi hija— se deshizo del agarré de la madre con brusquedad mientras se acercaba a los restos de su hija.

—Tú no decides eso Rihanna, perteneces a la dinastía tú destino está en manos del emperador y siendo que él no está aquí yo decido que se hace— le recordó fríamente la madre dragón.

Los sollozos de Rihanna se apagaron súbitamente hasta que un silencio sepulcral invadió toda la escena.

—Tiene razón en que pertenezco a la dinastía— susurro mientras se levantaba del suelo lentamente— La misma que provocó la muerte de mi niña inocente ahora me pide serle fiel— su rostro estaba desfigurado de tanto llorar— Pero no más— dijo eso último apretando los dientes.

Casi sin darme cuenta la que había sido mi rival por los últimos años, corrió hacia los aposentos del consejero real que se encontraban vacíos y abiertos, cerro la puerta detrás de ella, pero no oí traba alguna.

—¡Abran! — ordenó la madre furiosa a los guardias que nos acompañaban.

Los mismos tiraron la puerta abajo, pero lo único que alcance a visualizar fue la tela de seda rosa del vestido de Rihanna cayendo por el balcón al

abismo.

—¡No! — grito la madre corriendo hacia el mismo.

Yo me había quedado estupefacta ante semejante escena, comencé a caminar hacia atrás con mi cabeza llena de posibles cosas que sucederían esa noche si no hacía nada para proteger a los míos, choque con el cuerpo de la princesa y di varios pasos torpes para alejarme de allí, corrí por el pasillo hacia donde había quedado mi príncipe con los demás sirvientes y guardias, frené en seco al ver los cuerpos desperdiciados de varios de los hombres que hace cinco minutos me había reverenciado.

—Hijo...— susurré casi sin aliento.

A medida que avanzaba hacia la habitación donde debía estar mi príncipe las piernas me pesaban, parecía que poco a poco no me respondían por más órdenes de caminar que yo le daba. Me frené junto a mi corazón al llegar al borde la puerta, mis ojos se detuvieron al ver el picaporte dorado completamente ensangrentado. Recuerdo haber gritado al ver el horror que había quedado dentro de la habitación, cuerpo, viseras, sangre por todos lados y en medio del salón, recostado en la alfombra de terciopelo yacían los cuerpos de mi príncipe y de Sandi quién parecía que había protegido al hijo del dragón hasta el final. No sé en qué momento llego Amón con dos guardias, ni porque estaba de rodillas con los ojos nublados en lágrimas.

—¡El heredero a muerto! ¡El heredero a muerto! — escuché gritar detrás mío.

No quería escuchar el anuncio de la muerte de mi cachorro de dragón, me levanté como pude y comencé a caminar pesadamente por los inmensos pasillos que formaban ese enorme edificio de piedra.

“ Él heredero a muerto ” resonaba en mi cabeza mientras los recuerdos de mi embarazo me atormentaban.

“ Muerte a la dinastía ” habían escrito esos salvajes campesinos que hoy nos declaraban la guerra, aún podía sentir el dulce e inocente aroma de mi bebé cuando lo sostuve en mis brazos por primera vez, cuando sentí el tibio calor de ese cuerpecito débil supe de inmediato que iba proteger a ese pequeño humano con mi propia vida. Una silueta apareció al final del pasillo que daba a mi habitación, si era uno de esos asesinos que por favor me arrebatará la vida pues había fallado en proteger al único en este maldito lugar que llevaba la sangre de mi sangre en sus venas. La figura se tambaleó débilmente apoyándose en el borde del umbral.

—Amelia...— susurro una voz conocida.

¿Emperador? Corrí hacia él para ver una gran herida en su abdomen ¿Qué le había sucedido? No sabía, pero ahora debía atenderlo con urgencia, si el dragón moría todo habría acabado. Cruce uno de sus brazos por mis hombros y lo arrastré como pude hacia mis aposentos.

—¡Ayuda! — grite, pero sabía que nadie podría escucharme por la distancia.

Recosté a Dimitri en mi cama, él estaba apenas consciente, se quejó débilmente cuando le saqué la camisa para ver su herida, tenía un corte profundo en el abdomen del cual salía mucha sangre.

—Su majestad...— susurré horrorizada mientras mis manos buscaban temblorosas una tela para intentar detener el sangrado.

—Florequilla... No hagas nada...— susurro acariciando mi rostro con su mano ensangrentada— Me temo que este es mi fin— dijo mientras se le cerraban los párpados pesados— Se que serás una gran madre dragón— intento sonreír, pero no lo logro por los espasmos de dolor.

Él aún creía que nuestro hijo vivía y que ahora lo sucedería, pero la realidad era oscura y turbulenta. Sin emperador, sin herederos, era el fin de la dinastía, incluso quizás el fin del imperio Tang. Acaricie su frente, no diría nada, debía morir en paz, ya no se podía hacer nada.

—¿Emperador? — escuché decir en la puerta.

Amón había venido a buscarme para encontrarse con la escena del fin. Le hice señas para que se detuviera, no quería angustiar más a mi moribundo esposo.

—Te amo cielo mío, alma mía— le susurré a su oído.

Sus labios se torcieron en una débil sonrisa, todo su cuerpo temblaba mientras su preciosa sangre se derramaba por las sábanas blancas de mi lecho, alaridos débiles continuaron luego de esa despedida, lentamente se convirtieron en susurros casi inaudibles, hasta que por fin dio su último aliento de vida.

—Debemos irnos mi señora— me susurro Amón acercándose a mi.

—¿A dónde? Nos encontrarán y moriremos en mano de ellos, pero ¿Acaso tenemos otro destino más que morir con nuestro señor? — le contesté mientras seguía acariciando la frente de mi ya muerto esposo.

—Debemos intentarlo...— insistió mi fiel sirviente, el único que aún seguía con vida.

—Y si así fuera ¿Cuánto tardarían en descubrir quienes somos? ¿Por qué vivir sin el emperador? — continúe sin mirarlo.

Ambos nos quedamos en un silencio incómodo el cual rompí yo.

—Te liberó Amón ¡Vete! ¡Corre! Aún estás a tiempo— le rogué sin mirarlo.

Un nuevo silencio se produjo en ese lúgubre lugar a donde estábamos, solo interrumpido por los pasos lejanos de los soldados sedientos de sangre que se acercaban hacia nosotros como verdugos.

—No conozco nada más que servirle a usted mi señora, ruego me deje quedarme a su lado— fue su respuesta ahogada al enterarse de que mi deseo era liberarlo de su esclavitud.

—Si te quedas sufrirás el horror— le advertí mirándolo a los ojos.

Él ni siquiera titubeó al responderme.

—¿Qué muerte es más honorable que morir defendiendo a mi emperatriz?
—

Eso fue lo último, los soldados irrumpieron en la habitación, Amón lucho con todas sus fuerzas para que no se acercaran a mi, yo me aferré a la mano de mi esposo hasta que el filo de la espada traidora penetró en mi corazón, el resto fue oscuridad.